

La *Lectio divina*

¿Qué es la *lectio divina*?

La *lectio divina* no es una moda, sino uno de tantos tesoros como alberga la rica Tradición de la Iglesia. Este sencillísimo modo de orar lo han redescubierto paradójicamente algunos cristianos después de haberles convencido fieles budistas o hindúes de que no es necesario que acudan a ellos para aprender a orar, porque en su propia religión tiene métodos idóneos.

El nombre latino se podría traducir como *lectura de Dios*, o bien, *lectura [orante de la Palabra] de Dios*. Pero se prefiere no traducirlo, porque de esa forma se preserva su significado original, que no se limita a una *lectura* espiritual de corrido, sino que, partiendo de la lectura de la Escritura Sagrada principalmente, pasa por la *meditación* y la *oración* y desemboca en *contemplación*. Los Padres del desierto oraban de este modo siguiendo al gran intérprete de la Biblia, Orígenes (s. III). Sin embargo, fue Guigo, un cartujo del s. XII, quien mejor supo describir el itinerario a seguir.

Si algo tiene de método, sería vaciarla de gran parte de su sentido el reducir la *lectio divina* a un mero método. Su objetivo es adentrar al orante en el corazón mismo de Dios. La lectura saboreada en el corazón inclina a la voluntad a obedecer a Dios antes que a nadie, y a robustecerla en esta decisión frente a la volubilidad y engaños de la propia naturaleza debilitada por el pecado original.

Un proceso gradual: *lectura, meditación, oración y contemplación*.

«La *lectura* es el estudio asiduo de la Escritura hecho con espíritu atento» (Guigo). ¿Qué dice este texto que ahora leo, visto en su contexto histórico y teológico? ¿Cuál es el mensaje que quería transmitir Dios a sus hijos entonces y ahora?

«La *meditación* es una diligente actividad de la mente que busca el conocimiento de las verdades ocultas» (id.). Esta reflexión va dirigida hacia la propia vida. Es pasar de la cáscara al fruto. Para ello conviene repetirla despacio; «masticarla y triturarla», añade Guigo. Los hombres tendemos a vivir en la superficialidad y nos cuesta trabajo cuestionarnos, ante un espejo tan fiel como es la Palabra de Dios, si nuestra vida concuerda con lo que hemos leído. Y, como estamos acostumbrados a leer para evadirnos o simplemente informarnos, nos cuesta convertir la lectura en alimento bien masticado, para saborear y dejar que nos interpele sin huir la confrontación. La pregunta clave es ¿qué cambio o crecimiento me sugiere?

«La *oración* es un impulso fervoroso del corazón hacia Dios, para alejar el mal y alcanzar el bien». Guigo nos propone saltar de la Palabra al seno donde se ha pronunciado eternamente. El salto ya lo venía preparando el Espíritu al movernos a leer atenta y profundamente. No podíamos dirigirnos a Dios sin penetrar en nuestra miseria y desvalimiento. Tarea que obliga a encontrarnos con nuestra verdadera realidad en vez de la fachada acicalada que nos hemos fabricado. Ante esto ¿qué le digo al Señor? Y lo sorprendente es que el Espíritu nos hace descubrir un camino muy diferente de la desesperación a que nos conduce el maligno. Nuestra miseria se encuentra con la inefable ternura de la misericordia de Dios, de la mano de su Espíritu. Entonces acudimos a la gozosa alabanza al vernos tan amados, a la ardiente súplica para ser salvados, y a la caritativa intercesión para que los hijos de Dios dispersos por el pecado nos reunamos todos en su seno.

Pero, ¿eso de contemplar no es demasiado pretencioso? Guigo nos enseña: «La *contemplación* es una elevación de la mente hacia Dios, saboreando las alegrías de la eterna dulzura». La contemplación no es evasión, porque la Palabra nos ha fortalecido para transformar la realidad en la que vivimos. Pero no podríamos hacerlo sin ver el Proyecto que Dios tiene y los tiempos de maduración que Dios tiene destinados. Porque contemplar es ver las cosas como Dios las ve. La lectura orante nos ha quitado la venda de nuestros ojos para ver que es el Señor quien construye la ciudad (*Sal* 127,1). Nosotros somos sus colaboradores, pero el arquitecto es Él.

La *lectio divina* en la Sagrada Escritura

Si de veras queremos penetrar en las honduras celestiales que nos promete la lectura orante de la Palabra de Dios y saborear las «palabras de vida eterna» ante las que la plata de este mundo es chatarra, ¿quién mejor que la propia Sagrada Escritura nos puede iluminar el camino?

Una página muy esclarecedora de la Biblia se encuentra en los capítulos 8 y 9 de Nehemías, situado entre los libros históricos del Antiguo Testamento. Nos sorprende a nosotros que vivimos en un contexto tan secularizado, la gran veneración por el libro sagrado y su contenido: «Esdras abrió el libro... y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie... e inclinándose se postraron ante Yahvéh rostro en tierra» (8,5-6). Podemos preguntarnos: ¿podrá calar en mí la lectura si voy con prisas a sacudirme el asunto en dos minutos? ¿No tendré que despojarme de mis ruidos interiores para escuchar con veneración lo que Dios me quiera decir a mí? Enfermedades como la «mentalidad productiva» que consiste en aprovechar la lectura solo para aumentar mi acervo cultural, la «tortícolis espiritual» de aplicarles a otros lo que leo, o los «zumbidos espirituales» que me impiden oír la Palabra que desmonta mis defectos inveterados, son algunos de esos ruidos interiores.

Queda uno admirado del largo espacio dedicado a leer la Palabra a toda una multitud, sin los efectos especiales de hoy día para atraer la atención de la audiencia: «Leyó una parte en la plaza... desde el alba hasta el mediodía» (Neh 8,3; 9,3). No se le puede dedicar dos minutos para quitársela de encima. Y además requiere constancia: «Esdras leyó el libro de la ley a diario, desde el primer día hasta el último. La fiesta duró siete días y el octavo se celebró la fiesta solemne de clausura» (8,18). Generosidad y constancia en la escucha de la Palabra, pues nuestra sensibilidad se siente atraída por mil cosas placenteras, pero sin la ayuda del Espíritu es del todo imposible. Es imprescindible impetrar luz al Espíritu Santo de una u otra forma, con palabras, gestos y, sobre todo por medio de la que es modelo de escucha de la Palabra, la Santísima Virgen, quien supo conservarla en su corazón (Lc 2,51).

Favorece enormemente la escucha el reconocer (*meditación*) y dolernos sinceramente de no vivir conforme a la Palabra (*oración*). Leamos lo que nos dice el libro de Nehemías a este propósito: «‘Este día está consagrado a Yahvéh vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis’; pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la ley» (8,9). Y la razón de este dolor es que no se había cumplido lo que mandaba la ley para la fiesta del séptimo mes. Y cuando lo hicieron «hubo gran regocijo» (8,17).

El capítulo 9 es una larga y bonita *oración* de alabanza, pero también se puede convertir en *contemplación* cuando te inspira algunas de sus frases el descanso del corazón en Dios, cuando con humildad y amor te recreas en sólo mirarle y levantar tu corazón al Padre de las misericordias. En el capítulo 8 también encontramos sugerencias para la *contemplación* en cuanto se nos habla de sollozos, regocijo, postraciones... (teniendo en cuenta si estamos solos o acompañados). La paz, la constancia en la oración son sellos del Espíritu en nosotros, pero no son los únicos.

Actitudes fundamentales

A nadie se le oculta que las actitudes requeridas son gracia de Dios: «sin Mí no podéis hacer nada» (Jn 15,5). Efectivamente la *lectio divina* es un tesoro gratuito, regalo celestial, pero no barato: nuestra colaboración en adquirir esas actitudes, nuestro «amor hasta que duela» (Teresa de Calcuta), es igualmente imprescindible.

Las actitudes que nos exige (puesto que no es sólo *lectura*, sino además *meditación*, *oración* y *contemplación*) podríamos condensarlas en cuatro:

actitud de **escucha**, por lo que, además de pedir fidelidad al Espíritu, he de buscar un clima de silencio que no esté perturbado por los medios de comunicación, ni por mis impulsos de evasión fácil;

actitud de **respuesta generosa**, por lo que no me han de asustar lo grandes que son mis problemas, sino que he de confiar en lo grande que es Dios, buscando ante todo identificarme con su voluntad;

actitud de **autocrítica**, pues vale más un día de conocimiento de la pequeñez que soy y de la grandeza de la misericordia de Dios, que muchos en los que siento fervor sensible en la oración; y,

en consecuencia, si quiero sacar provecho he de estar dispuesto a la desposesión de afectos, deseos y de estima propia;

y actitud de **profundizar** en la Palabra y no sólo buscar ideas: «No el mucho saber harta, sino el gustar internamente» (S. Ignacio de Loyola), y no me ha de extrañar que, como el que aprende a nadar, tengo que lanzarme e intentarlo veces y veces. Y aunque no lo parezca, no es inútil el esfuerzo, si confío en que con Él lo puedo todo.

San Agustín se convirtió al obedecer a la voz que le decía: «*Tolle, lege*» (*Toma [el Libro] y lee*).

Fr. José Ignacio González Villanueva OSB
Monje de Santa Cruz del Valle de los Caídos